



Mena



Pregón
del Centenario
y de la Coronación Canónica
de Nuestra Señora de la Soledad

Ramón Gómez Ravassa
Manuel García López



Mena



Pregón
del Centenario
y de la Coronación Canónica
de Nuestra Señora de la Soledad



TEATRO CERVANTES
1 DE OCTUBRE DE 2015



Edita:
Pontificia y Real Congregación del Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Ánimas
y Nuestra Señora de la Soledad (MENA)

Imprime:
Gráficas Urania. Tel. 952 333 058. info@graficasurania.es

*A quienes fueron, son, y serán
congregantes de Mena*

PRESENTACIÓN

Ilustrísimo Señor Vicario General de la Diócesis; Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades; Señor Presidente de la Agrupación de Cofradías; Señor Hermano Mayor, Junta de Gobierno y Consejo de la Pontificia y Real Congregación del Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Ánimas y Nuestra Señora de la Soledad; Señor Presidente de la Comisión de Actos del Centenario y Coronación de la Congregación de Mena; Señores Hermanos Mayores, congregantes, cofrades, amigos, señoras y señores.

En nombre de nuestro Hermano Mayor, de la Junta de Gobierno y del Consejo de la Congregación, del Presidente de la Comisión del Centenario y de Coronación y en el mío propio, les doy la más calurosa bienvenida y mi más sincera gratitud por querer compartir con nosotros este acto, uno más, pero quizás el más significativo, de los previos a los organizados para la preparación de la conmemoración del primer siglo de nuestra particular historia, que mañana mismo, viviremos por las calles de Málaga con la procesión de ida a la Santa Iglesia Catedral para celebrar un Triduo irrepetible y único, para conseguir, de esta manera, una preparación idónea para la magna procesión del Centenario.

Y de la más querida noticia que un congregante pueda recibir: la próxima Coronación Canónica de nuestra Virgen de la Soledad, el mayor honor que la Iglesia concede a una imagen de culto.

Vamos a oír el pregón que anuncia todas estas cosas. Y lo vamos a oír de la mano de dos pregoneros de nuestra propia cantera, salidos de las filas anónimas de nazarenos, pero que no dudo nos van a deleitar con sus vivencias, su buen hacer, pero sobre todo por su demostrado inmenso cariño a nuestra institución cofrade.

Manuel García López, para todos nosotros, Manolo, joven plumilla de 34 años, delegado de prensa en la Junta de Gobierno desde el año 2004, redactor del suplemento “Pasión del Sur” y de la información cofrade y coordinador del portal Cofrades Málaga del Diario Sur.

Y como no podía ser menos, con origen en la Albacería de la Congregación, que es la auténtica escuela cofrade de cualquiera de nuestras cofradías y hermandades.

A su vez procede del varal, y siempre llevando el trono de Nuestra Señora. Responsable de nuestra revista MENA desde hace once años, justo con el nuevo formato en su segunda época.

Pero, sobre todo, amigo, al que desde hace ya unos pocos años, muchos de los que hoy estamos aquí, hemos oído de una u otra manera pregonar nuestra Semana Santa, así que difícil era encontrar mejor compañero para el otro pregonero que me toca ahora presentar.

Ramón Gómez Ravassa, mi padre. Así cualquiera que ahora me oiga, pensará, poco más que decir por un hijo.

Pero quizás la vida puede que a uno le ponga este tipo de posibilidades sólo una vez por delante, así que con su permiso, diré de él, que es uno de esos grandes personajes de cada una de nuestras cofradías que siempre están en segunda fila, apoyando al Hermano Mayor de turno, pero siempre ahí para lo que se necesite, dando lecciones de cómo debe ser un cofrade de base.

Es el epicentro, junto a mi madre, Tomy, de toda una “saga menosa”, a la que, como no podía ser de otra manera, me enorgullezco de pertenecer y que día a día seguimos formando a todas las nuevas generaciones, con ellos dos como cabezas visibles y ejemplos de la misma.

¡Gracias por todo ello, papá!

En este caso, creo que ha ocupado todos los cargos posibles en la procesión, eso sí, es quizás en estos momentos, y sin quizás, el nazareno con más antigüedad que forma parte del cortejo procesional, acompañando a nuestra Madre de la Soledad cada Jueves Santo, con un cirio en la fila de nazarenos.

Setenta y tres años de edad. Sesenta y cuatro años de congregante y hoy vamos a tener la suerte de escucharle contándonos historias que creo, pero no estoy seguro, todas, no ha vivido en primera persona, pero da igual, las cuenta como si hubiese sido uno más de aquellos precursores, y si no al tiempo, ya me dirán ustedes.

Nos acompaña en este acto, para dar calor musical la banda Virgen de la Trinidad Sinfónica, con su responsable participando con toda la ilusión del mundo, nuestro querido Antonio Jiménez Romero y bajo la dirección musical de D. Narciso Pérez Espinosa, que hoy se estrenan con nosotros y que si Dios quiere, el próximo Jueves Santo, Nuestra Señora de la Soledad, pasará por Málaga al compás de esta querida familia, que generosamente participa dando la nota oportuna en los momentos previstos y su intervención ayudará, sin duda, a vivir con emoción y realismo lo que desde los atriles, Manolo y Ramón nos quieran decir.

La generosidad de dos músicos: José Manuel Castelló Sánchez, capitán músico del Ejército del Aire, y José Antonio

Molero Luque, uno de los músicos de “cabecera” de nuestra Congregación, y, sobre todo, otro gran amigo, han propiciado que nuestro acervo musical se haya incrementado en dos magníficas marchas que ahora vamos a estrenar: “Centenario de Mena” y “Centenario”.

Por último, quiero agradecer a todos los participantes de este acto, los que ya han aportado su granito de arena y que también hoy nos acompañan, y aquellos que van a intervenir a lo largo del mismo, la colaboración e ilusión puestas por todos ellos para llevar a buen puerto el comienzo de una semana que se nos presenta cargada de actividades y en la que no les quepa la menor duda a nadie, la Congregación de Mena, ha puesto todos los recursos, ilusiones, pasión y cariño necesarios para que por ELLOS, por el Santísimo Cristo de la Buena Muerte y su madre Nuestra Señora de la Soledad, consigamos celebrar esta efeméride como se merecen y para que todo el pueblo de Málaga pueda verlos, acompañarlos y rezarles por sus calles en estos días que se nos avecinan.

Sin nada más, y con el permiso de todos ustedes, este presentador se retira para darles la palabra a los auténticos protagonistas de esta noche y así damos comienzo a este acto, que esperamos sea del agrado de todos los presentes.

Muchas gracias.

*Ramón Gómez Díaz
Teniente Hermano Mayor
de la Congregación de Mena
y Responsable de Protocolo*

PREGÓN

Así. Así, más o menos, debió comenzar esta historia.

Siglo de Oro en España, en cuyos dominios no se ponía el Sol. Siglo XVI, donde, junto a la miseria provocada por la sangría de las conquistas americanas y la mal contada guerra de Flandes, convivían, bajo el reinado del prudente Felipe, las firmas más preclaras que nunca en nuestra historia se dieron: Lope de Vega, Miguel de Cervantes, el místico Tirso, Góngora y el nunca comprendido Francisco de Quevedo. Nacen Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León. Y aquí, en nuestra Málaga, apenas una generación después de la repoblación con insignes castellanos tras los repartimientos de los Católicos monarcas, unos devotos, comenzaron la historia de esta Congregación.

Eran, seguramente, jóvenes hijosdalgo los que animosos, convencieron a los frailes dominicos, el patrocinio para la creación de una cofradía bajo la advocación de aquella imagen de la Virgen de la Soledad. Y aquellos mismos, los que igualmente les convencieran en 1587 para la cesión de una suerte de tierra *“hasta el álamo negro primero, etc.”*, donde *“construir su capilla y sacristía en que poder tener sus insignias y entierro”*, por cierto, aviso a navegantes... *“sin poderle redimir ni quitar para siempre jamás”*.

Y la construyeron, capilla y airoso torreón. Y la cofradía fue a más. Y los demás jóvenes de la nobleza malagueña se unieron, y la cofradía fue a más, y más. Tanto, que tuvieron una buena cantidad de hermandades filiales.

Como la Hermandad de Arcabuceros, fundada en 1650 a la sombra de nuestra cofradía, formados por jóvenes con formación castrense y que su función era simplemente de acompañamiento, de respeto, *“portando banderas, negros estandartes y lancillas con banderolas de tafetán negro, con una principal y concreta misión: llevar el luto”*.

Años más tarde, la Santísima Virgen, permitió que unos bravos marinos, cuyo barco zozobró en las costas malagueñas, pudieran salvarse al encomendarse a la imagen que hubiera *“bajo el torreón que divisaron entre la bruma”*.

Desde 1754, los tripulantes de la fragata Castilla, y sus descendientes, los miembros de la Armada Española, rezan a su Estrella de los Mares, rindiendo honores en su procesión y en el acompañamiento en su desconsolado luto el mismo Sábado Santo, día del milagro atribuido, como no, a nuestra bendita Madre. Desde entonces, nuestra anterior cofradía y actual Congregación, lleva el honroso título de Pontificia. Y reza, devota, la salve que aquellos bravos entonaron...

Y siguió creciendo. Se ha escrito que en 1851 salieron más de mil personas con hachas de cera, y que acompañaba el clero, Ayuntamiento con maceros y clarines presidido por el Alcalde Primero. Podemos decir que en el siglo XIX, ya era la cofradía oficial de Málaga. Jóvenes con levita portaban el trono de la Santísima Virgen de la Soledad, que ya, a finales del siglo XVIII, el historiador y canónigo Medina Conde afirmaba que *“es el simulacro de la mayor veneración del pueblo”*.

Y además, superó, sin problemas, por los avatares de la política el descreimiento de la sociedad, por los nuevos aires liberales. ¡Era muy grande y la devoción de los malagueños por su Soledad no estaba al albur de cambios políticos!

Y así, así más o menos, llegamos al siglo XX y concretamente a 1915.

Y fue, más o menos también en aquél histórico siglo XVII: Un fraile dominico, prior del importantísimo convento dominico de Málaga, centro de formación de frailes misioneros, contactó con su amigo Pedro de Mena y Medrano, famoso escultor granadino con casa taller en la plazuela de los Afligidos, para que le tallara un Cristo para la sala de profundis del Convento. Fray Alonso de Santo Tomás, que fue provincial de la Orden y obispo de Málaga hasta 1692, fue el mecenas de la talla de un Crucificado *la mejor obra del barroco* según los entendidos. Con el nombre del Cristo de las Cinco Llagas presidió esta sala *de profundis o de culpas* hasta 1835.

Al llegar la Desamortización la talla fue colocada en la hornacina superior del retablo del altar mayor, y fue analizada, años más tarde por el jesuita padre Moga, quien al descubrir la autoría, consiguió colocarla en un altar donde pudiera ser admirada mejor.

En este altar, y siguiendo a Ricardo de Orueta, insigne malagueño y defensor del arte, en 1914, cuenta que con esta nueva ubicación la devoción a esta imagen creció de forma exponencial, *y los jóvenes del Perchel y la Trinidad formaron una cofradía para sacarla en procesión y rendirle cuenta de otras formas. Como estos jóvenes no se distinguían por su vida arreglada y la admiración que la imagen producía había hecho popular el nombre de su autor, se llamó a los cofrades NIÑOS DE MENA, luego, NIÑOS DE LA MENA, y por último, MENOSOS, y menosos, es al presente,*

(y hablamos de 1914) el calificativo que se da en Málaga a los jóvenes del pueblo que se distinguen por su vida desarreglada y por el cuidado excesivo que ponen en sus personas.

*Ricardo de Orueta y Duarte, "Pedro de Mena"
Imprenta Blass y Cía, Madrid, 1914*

Lo cierto, es que fue un agustino exclaustro, a la sazón párroco de Santo Domingo, el padre Ponte, quien motivó a los jóvenes del barrio a que se agruparan en torno al Crucificado, al que bautizaron con el extraño nombre de "Nuestro Padre Jesús Crucificado de la Buena Muerte y Ánimas". Esta cofradía, fundada en 1862, que adquirió rápidamente fama y su Titular gran devoción pues ante su bendita Imagen se celebraban todos los responsos previos a los enterramientos de los fallecidos en la feligresía, se dedicó especialmente a eso, a los enterramientos. Pero las penurias debieron ser enormes, porque desde 1862, hasta 1915, salió en procesión sólo tres veces. Aquel pueblo llano, aquella gente perchelera, lo entendió así:

ESCENIFICACIÓN

A ser posible, se proyecta una foto de Santo Domingo desde el río, viendo los tinglaos en el patio. Se ve la reja, etc.

La escena se representa en el Pasillo, frente a las rejas antiguas de santo Domingo.

Época: Finales del Siglo XIX, aproximadamente. En 1883 (última salida del Cristo antes de la fusión).

Intervienen dos niños (12/14 años) y dos adultos. Voz de mujer en off.

Los niños van vestidos de forma humilde: el primero con gorrilla, pantalón corto con un tirante cruzado y cordel en la cintura. Camisa lisa con mangas largas, abotonada hasta el cuello y mangas. El segundo niño, con boina, pantalón sin tirante, pero sujeto con cuerda, camisa de manga larga, abotonada en las muñecas y hasta el cuello. Ambos llevan alpargatas blancas.

De los dos adultos, uno va vestido “algo exagerado”, pero completo: traje ceñido, sin corbata, pañuelo en el bolsillo, engominado, sombrero. Lleva un peine en el bolsillo. El segundo, con mono de trabajo, alpargatas, camisa azul mahón y gorra o boina.

Todos hablan con acento malagueño de barrio, algo exagerado.

Entran los niños.

Niño 1: ¡No vé, viebo que tinglao tien montaos las cofradías! Ya están los tronos preparaos pa salí!

Niño 2: Ya vé. Oye, ¿Jugamos a las bolas?

Niño 1: A qué jugamos, al hoyo o al crivi?

Niño 2. Al crivi. Pon dos bolas y yo otras dos.(sacan bolas de dos bolsitas, y las ponen en el suelo en un imaginario triángulo) Pares o nones pa salí, ¿vale?

Niño 1: Vale. Pares (saca dedos)

Niño 2. Nones. (Hace lo mismo). Pares, tú sales.

El niño 1, pone la mano abierta desde la raya (haciendo como si se colara un poco) tira la bola.

Niño 2. ¡No arrogue!, que eres mu chupón. Se dispone a tirar la suya

Entran los dos adultos, charlando. Los niños siguen jugando.

Adulto 1. Ya están liaos esta gente con los tronos. (Dirigiéndose a los niños). Niños, ¿no vais hoy a la escuela?

Niño 1: ¡Papa, que mu nos han dao las vacas, que dice el maestro que ya salen las procesiones! (Siguen jugando a las bolas, tirando alternativamente las canicas)

Adulto 2. Y tú, (dirigiéndose a su amigo), ¿no estabas metío en una de ellas?

Adulto 1. Claro, en la nueva que ha montao el cura. ¡No vea el peaso Cristo que tenemos! La verdad es que el que había al principio era mu feíllo, pero macho, han bajao uno que estaba en lo harto del altá mayó, y no vea, que guapo, vieho! Se lo habemos pedío al párroco y mus nos lo han dejao pa nosotros. ¡Dicen que es de un escultó mu antiguo pero mu güeno: Mena.

Adulto 2. ¡Ahora mí entero! Con razón vas tan maqueao! Tú eres uno de esos que llaman ilos niños de la mena! ¡Con lo golfo qu'as sio siempre! Los guapos del barrio. ¿Y cuando saltís?

Adulto 1. ¡Eso quisiera yo sabé! Llevamos una pila de años, que entre lo tieso que estamos, y el panteón que hemos fabricao en San Migué, que si quiere arró, Catalina. Compuesto y sin procesión. Pero este año, el de 1893, creo que toca. Salimos el viernes por la tarde, ¡Ya era hora!

Niños: ¡Biennn, sale la prose del barrio!

Adulto 2. ¿Y quiénes la formáis? ¿Gente del perché o de fuera?

Adulto 1. Tos del barrio. Gente del perchel. Manda el Salvador Martínez, que vive por Fuentecilla. Y con él, están otros muchos del barrio: yo conozco a Pedro Ruiz, de la calle Calvo, José María de los Reyes, del Pasillo, Félix Moyano el del Llano, yo qué sé, imunchos!

Suena el grito de una mujer: ¡Manolooooooooo! ¡A coméeeee!

Adulto 1. Ya está la María chillando pal pienso. ¿No te digo? Venga niño, tu omá nos llama. ¡A volá!

Niño 1. ¡No vé, qué chungo!, ¿no? Ahora que tábamos jugando, nus llaman. ¿Nos vemos aluego?

Niño 2. ¡Yo qué sé! Ta luego.

Adulto 2. Pos suerte el viernes, ya te veré. Con dió.

Adulto 1. A las güeñas, con dió.

Salen todos. Fin de la escenificación.

Y con esta limitada representación y experiencia en culto público llegamos igualmente a 1915.

Ilustrísimo Señor Vicario General de la Diócesis; Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades; Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías; Sr. Hermano Mayor, Junta de Gobierno y Consejo de la Pontificia y Real Congregación del Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Ánimas y Nuestra Señora de la Soledad; Sres. hermanos mayores, congregantes, cofrades, amigos, señoras y señores.

Manolo, ¿Vamos allá?

Ante todo, gracias por la confianza. Confianza que no sabemos si podremos corresponder, pero en Mena nadie retrocede ni para coger carrerilla. Y como nuestra gente ha pensado que nosotros podríamos hacerlo, pues ya está. Aquí estamos para contaros cosas. Cosas que han ocurrido en cien años. En este último siglo de existencia nazarena. Y lo que va a ocurrir a partir de mañana. Disculpad la osadía. Pero una cosa es verdad, y a lo mejor tuvieron razón en encargarnos esta presentación: ambos representamos el ayer cercano y el hoy futurible de nuestra Congregación.

Hoy me reencuentro con los míos. Con los de siempre. Con los de ayer, los de hoy y los del mañana que ya están

cogiendo el testigo. Hoy es jueves, Jueves Santo. No, no estoy loco. Hoy es el Jueves Santo que comprende cien años de historia. Por eso estamos todos aquí hoy. Para recordar un siglo de Mena en la capilla de Santo Domingo y en nuestras calles. Hoy, Málaga es testigo del legado de unos hombres y unas mujeres que han sabido elevar su devoción a Dios y su Madre a lo más alto. Un año de alegría, de fraternidad y de escaparate de lo que somos, lo que fuimos y lo que somos capaces de hacer. Un año de hermandad, un año de Mena. Con este pregón se da el pistoletazo de salida a una nueva andadura. Fusión de juventud y veteranía. Mezcla de savia nueva con experiencia. Alumnos y profesores se unen en uno de los colegios cofrades malagueños más señeros situado entre las pocas ruinas que quedan del viejo barrio que citara Cervantes en El Quijote y el nuevo que resurge con una fisonomía totalmente diferente. Hablamos del Perchel. Juntos proclamarán a los cuatro vientos la palabra del Maestro, que acabó en la cruz por nosotros, y la devoción hacia Él y su Madre.

Gracias a todos por venir. Una vez más la expectación de Mena convoca multitudes, no estos humildes cofrades que hoy son la voz de cientos de almas durante un siglo de existencia nazarena. Gracias a la Junta de Gobierno que aprobó nuestro nombramiento. Gracias a nuestro presentador, Ramón Gómez Díaz, por tus generosas palabras, y a nuestras familias, a las que hacemos partícipes durante nuestro periplo diario en la Congregación. Gracias a Pepelu Ramos, a Javier Melero, a Narciso Pérez Espinosa, a Antonio Jiménez y la Banda Virgen de la Trinidad Sinfónica por involucraros en este pregón.

Y todas las gracias del mundo a quien hace muchos, muchos meses, prácticamente no vive más que por y para estos actos que hoy pregonamos. Como en todos sitios, se nombró

una Comisión para la organización de estas celebraciones. Pero gracias al Presidente de esta comisión, todo marcha, todo se cumple, todo funciona. No sería justo, que, por una vez, estos pregoneros no pidieran a los hermanos, agradezcan con su cariño y aplauso la labor desarrollada por Antonio de la Morena González. ¡Gracias, Antonio!

Pero hermanos, queremos advertiros algo. No esperéis grandes intervenciones académicas ni exquisitas disertaciones. Somos, simplemente, congregantes comprometidos que no sabemos, ni queremos decir que no a algo que quiere nuestra Congregación. Perdonad pues nuestra osadía al presentarnos ante ustedes sin más méritos que un infinito amor a nuestros Sagrados Titulares y un gran sentido de la disciplina. Lo que sí os podemos asegurar, es que lo que vayamos a contar, con vuestro beneplácito y sentido de la caridad, nos ha salido de dentro.

¿Qué celebramos? Este año, el 22 de agosto, se han cumplido los primeros cien años desde que un grupo de cofrades a la sombra del antiguo convento dominico, se reunían, tras haberlo aprobado en cabildos por separado, para acordar una fusión. Una unión que por la gracia de Dios, dio origen a la corporación nazarena que nos cobija, que nos ilusiona, que nos da vida: la Pontificia y Real Congregación del Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Ánimas y Nuestra Señora de la Soledad (Mena).

Un año inmortalizado en dos obras de arte. Una, en forma de logotipo, obra de Eloy Téllez, y otra, el magnífico cuadro que plasma el cartel del Centenario, realizado por el maestro de los pinceles Raúl Berzosa. No menos importante es la imagen representativa de la coronación canónica de Nuestra Señora de la Soledad, diseñada por el artista Curro Claros.

Y hoy, ante vosotros, en este marco teatral, testigo vivo de la cultura de nuestra ciudad, en el paradigmático Teatro Cervantes, nos presentamos para explicaros, si alguna duda quedara, qué es, qué significa, qué supone para nosotros una palabra corta de cuatro no equívocas letras. Una palabra que encierra ilusión, hermandad, elegancia, pasión, cultura, historia, respeto, pero, sobre todo, engloba mucho amor y devoción sin límites. En una palabra, si es que podemos, si es que sabemos hacerlo, queremos explicaros qué es, ni más ni menos, Mena. Y, además, en las fechas que se cumplen sus primeros cien años de felicísima fusión, principal motivo que nos reúne.

¡Chica tarea! Mena, es Mena. Un extraño conglomerado de elegancia sin despreciar la naturalidad; del elitismo más cercano a la popularidad; de la devoción más profunda con algunas dosis de frívola coquetería; Mena es una simbiosis del Ying y el Yang, de lo blanco y lo negro, de lo más restrictivo a lo más extensivo, Mena, es Mena.

¿Sabéis qué significa ‘aroma de mena’? Por definición en nuestro particular diccionario: Sensación que se produce en el espectador cuando ha terminado de pasar la procesión y pregunta: ¿pero, ya se ha acabado? Siempre dejar a todos con ganas de más. Nunca hacerse pesado. Pasar bien, elegante, rapidito, en orden; andando con elegancia, moviendo los tronos con pasos únicos y sin alardes. En una palabra, dejar una estela de perfume de devoción, elegancia, belleza, orden, espectacularidad, brillantez, sencillez, humildad.

¿Has dicho una palabra? Perdón, es imposible.

Porque Mena, aparte de todo lo anterior, es también una corporación nazarena, formada por personas, como todas. Sí, pero ¿qué queréis que os diga?, en algunas cosas... algo ‘especiales’.

Porque algo de especial tenían que tener nuestros mayores, cuando decidieron fusionar las dos hermandades. Como elegir el nombre. Podían haberla llamado Archicofradía o Cofradía fusionada, o simplemente, Cofradía. Pero no, eligieron y nunca supimos por qué, porque no lo escribieron ni lo justificaron, el nombre de Congregación. Primer hecho diferenciador.

Porque especiales deberíamos ser, cuando en los años difíciles de la desestabilización, años 78-83, sufrimos el mayor número de intentos de rotura de procesión, con agresiones provocadas, encadenamientos de los intransigentes, y siempre a Mena. Y sin perder la compostura, salvo algún bastonazo bien aplicado, que algo de especiales éramos, pero no tontos.

Pero Mena, también tiene su corazoncito; un corazoncito que ama y que, también, sufre, que como a todo ser humano le duelen muchas cosas...

Ciertamente que no está demostrado que por ser congregante, tanto de forma individual como institucional, seamos absolutamente perfectos; de hecho incluso nos equivocamos muchas veces, aunque, eso sí, y pongo la mano donde sea, nunca con mala intención.

Como Cofradía tenemos nuestra propia idiosincrasia, como la tiene cualquier otra asociación o grupo de cristianos; A todos los congregantes nos une la devoción y el amor por los Sagrados Titulares que motivan, justifican y alimentan nuestra fe, vida cristiana y nuestra pertenencia a la Iglesia, aunque esto cueste entenderlo a muchos y, en ocasiones, nos acarree problemas.

Un servidor era monaguillo, aquellos domingos, que, tras la misa colegial y recibir las notas semanales, corría hasta Santo Domingo para ayudar a misa de once en la capilla de

los Titulares. Una misa, que, con diversas variaciones, se ha mantenido desde los años cincuenta (que yo recuerde), hasta hace poco. Eucaristía vivida y participada intensamente por muchos, muchos congregantes y feligreses.

También en ella, hemos casado a nuestros hijos que, perdóneme la autoridad eclesiástica, con una interpretación laxa de la legislación habíamos inscrito en la Congregación antes que en el Registro Civil. Hemos casado, digo, a esos hijos ante los Titulares que habíamos enseñado, desde bebés, a amar. Allí los hemos ofrecido, para ser protegidos en su vida, al manto de nuestra madre de la Soledad tras ser bautizados en la pila vivificadora del antiguo cenobio dominico aunque, la mayoría viviéramos, en otras feligresías.

Y hemos convivido, y a veces con discusiones pero siempre con mucho cariño, con nuestros pastores, tanto del clero secular como del clero religioso; así lo recuerdo y he experimentado durante estos sesenta y cuatro años que llevo de congregante.

Comprendo que se puede desconocer y no compartir la idiosincrasia de una institución que, con sus defectos humanos, pues humanos la componen, es Iglesia y es Parroquia. Y hasta puedo comprender que haya razones, que se escapan a nuestro conocimiento, que fuercen a tomar decisiones para variar el rumbo de las cosas. Pero por encima de ello, creo que antes de cualquier juicio de valor o toma de decisión conviene un tiempo de reflexión y mutuo conocimiento: para amar, es conveniente conocer, y si nunca se conoce, mal se ama si nos pueden los prejuicios, y daño nos hacemos cuando no buscamos los puntos que nos unen en la fe y nos cegamos en la sinrazón.

Ser congregante es ser Iglesia. Ser congregante es ser Parroquia. Ser congregante es vivir la fe en su Parroquia. Ser congregante es velar por sus costumbres, es celebrar con la

Parroquia y es celebrar junto a sus Sagrados Titulares: y nos gustaría seguir celebrando ante Ellos, nuestras misas dominicales y no por capricho, sino por tradición; y no solo por tradición, sino también porque nos ayuda a ser congregantes, nos anima en la convivencia, nos fortalece en la fe y nos motiva en nuestra mayor presencia parroquial. ¡Esa es nuestra verdad!

Y también, Mena es solidaria, cumpliendo con los principios cristianos que desarrollan nuestros estatutos. Primero fueron nuestras camareras, y perdonadme que, emocionado, cite a Solita Gómez Raggio, Angelita Ramírez, Carmina García de Viana, Margot Cabeza, Adeli Morcillo y Mercedes Merlo, que ya disfrutaban de la compañía de nuestra Madre. Y disculpad que no cite a las que todavía nos acompañan porque la generosidad de nuestras congregantes no tiene límite y son multitud. Pero fueron ellas, y ¡ojo!, sin que la junta de gobierno ni sus respectivas familias lo conociera, las que llevaron de la mano del párroco, la solución a muchos problemas del extinto barrio perchelero.

Y en el momento de la creación de la más bonita realidad que los cofrades han realizado en nuestros quinientos años de existencia. En el momento que se empieza a pensar en la forma de ayudar a los hermanos necesitados creando, como digo, la mejor obra solidaria de nuestra ciudad, la Fundación Benéfico Asistencial Corinto. Allí también estaba Mena. Institucionalmente, como patrono y con sus voluntarios y sus beneficiarios. En primera línea.

Volvamos por unos momentos al principio. Los hermanos de una antigua cofradía, de titular mariana, tras más de 350 años de demostrada seriedad y devoción popular, se convencieron de que “sería bueno” añadir una talla de Crucificado a su corporación, siguiendo la costumbre existente de formalizar las

procesiones con representaciones por un lado de momentos de la Pasión y acompañarle, como partícipe principalísima de la misma de una advocación de la Madre. La Virgen de la Soledad iba acompañada por un cortejo de nazarenos cuyos equipos eran túnicas negras con capa blanca y capirote negro.

Y en la capilla de al lado, justito al lado, una maravillosa talla de un Cristo que encargara fray Alonso de Santo Tomás y que tallara el insigne Pedro de Mena, el antiguo llamado de las Cinco Llagas, hoy rebautizado como Cristo de la Buena Muerte y Ánimas, titular de una jovencísima hermandad, que por diversos motivos, sólo habían podido procesionar tres veces. Cuando esto ocurría, iba acompañado de un cuerpo de nazarenos de túnica blanca, capa negra y capirotos negros.

Como tenía que ocurrir, pues eso, que ocurrió. Y se reunieron representantes de ambas corporaciones, en uno de los lugares que en Málaga se discutían los asuntos importantes: o en una taberna, o en una rebotica. Y aquí, por aquello de la seriedad, y sin que sirva de precedente, lo hicieron en una rebotica, la de Esteban Pérez-Bryan, en la malagueñísima plaza de las Cuatro Calles, ya de la Constitución. Tras muchas reuniones de entendimiento, un 22 de agosto, se firmaba el documento de fusión. Había nacido nuestra Congregación.

Y para gloria de la Málaga cofrade, de la Semana Santa de Málaga, y, sobre todo, para nuestra enorme felicidad, el Viernes Santo de 1916, salió por primera vez, nuestra Congregación como tal.

Y con el permiso de ustedes, vamos a recrear aquel momento. Aquel momento y los noventa y nueve siguientes hasta llegar al día de hoy. Vamos, si ustedes dan su permiso, y más vale que lo den porque si no se acaba la fiesta, es como si no hubiera parado de llover en un siglo, y eso tampoco, ¿no?

Vamos a recorrer las calles de Málaga dando un testimonio de fe, dando un testimonio de devoción, de seriedad y buen gusto.

Porque yo no sé si ustedes lo saben, pero, aunque amenace lluvia, aunque caigan chuzos de punta, siempre habrá un resquicio entre las nubes para un descanso de cuatro horitas que es lo que necesitamos, en circunstancias muy especiales, para cumplir nuestra cita con la Málaga que nos espera siempre. Porque pase lo que pase, Mena, isale!

¡Porque esto es Mena! ¡Aquí estamos! Y a vosotros, señores consejeros eternos, con vuestra venia, vamos a intentar transmitir la procesión de la cofradía que llevamos dentro, la que invade nuestros corazones, la que nos quita el sueño, la que vivimos intensamente durante 365 días del año, la que nos pone los vellos de punta cada Jueves Santo a los sones del Novio de la Muerte y la Salve la Marinera entre vítores y aplausos, herederos de una tradición de casi cinco siglos de historia en la que los malagueños se identifican como algo propio tras la unión que fusionó a dos corporaciones muy dispares que hoy van de la mano camino del segundo centenario de vida. Así que cíñanse el cingulo a la cintura mientras lucen el terciopelo cofrade, ajusten los guantes, colóquense bien el capirote, cuélguese la medalla, aférrense al varal, al cirio o a su bastón, y déjense llevar por las sensaciones, por los momentos efímeros, entre volutas de incienso y sonidos que evocan la infancia, mientras participan en la procesión en la que a su paso no cabe más gente, en la que explota la primavera entre cornetas y tambores precedidos por la mejor representación de la muerte, en la que la ilusión y la fe se conjugan bajo el capirote, en la que cuando nuestros tronos pasan por las calles se detiene el tiempo con medidas interminables. En la procesión del siglo, en la procesión del Centenario de Mena. ¡Oído! ¡Vámonos!

Es Viernes Santo de 1916, nueve de la noche. Multitud de personas se agrupan en la puerta de Santo Domingo para ver de cerca la primera salida procesional de la nueva Congregación. Curiosos por centenares, devotos por miles. La gente del barrio comprobando cómo se casa una cofradía de señoritos con una popular. Se oye la llamada de comienzo, sale la cruz guía y, a continuación, los nazarenos de ambas secciones, por primera vez en la historia, juntos. Mena ya está en la calle.

El resultado asombra a todos. Por la puerta del antiguo convento, salen serios, ordenados, ejemplarmente ordenados, los mozos del barrio, los de la vida poco edificante según las malas lenguas con los representantes de la burguesía de más solera en Málaga. Todos iguales. Todos unidos bajo la devoción a dos maravillosos titulares, orgullo de la Málaga cofrade y ejemplo de hermandad que daría días de gloria y prestigio a nuestra Semana Santa: Había nacido Mena.

Ya está la procesión en la calle. ¡Manolito, tráete el trono!

En la cabeza se encuentran a Manolo Baca Castañeda y a Pepe Aguilar, tranquilones. Detrás, mucho menos tranquilón, a Carlos Rubio, regañando, a todo el que lleva un capirote. ¡Siempre queriendo mejorar! Y a Antonio Baena, que acaba de regalar un manto bordado para la Virgen. Vemos a Enrique Ruiz del Portal, que fuera hermano mayor, y que, lápiz en ristre, va pensando cómo quedaría en el futuro un trono de los de verdad. Y a Joaquín Mañas. ¿Con quién viene? ¿Quiénes son esos señores de camisa verde?

Son soldados curtidos en la guerra de Marruecos que pisan tierra malagueña camino del frente o recibiendo los cuidados médicos de sus heridas, que comienzan a tejer una vinculación con la población tan profundamente intensa que ha llegado a nuestros días. Es aquí donde surge el impacto emocional del

caballero legionario al encontrarse frente al Cristo de la Buena Muerte y Ánimas de Santo Domingo. Un fervor que provoca la ilusión de aquellos militares que por su afinidad en base a su credo legionario y al riesgo asumido de la muerte en su espíritu vital, sintieron la necesidad de ponerse bajo su advocación y amparo nombrándolo su Protector.

Vinculación que más tarde se hace efectiva en 1930. Es en ese año cuando las tropas legionarias recorren calle Larios para acompañar a su Protector la noche del Jueves Santo por vez primera, ya que un año antes un temporal impidió su presencia.

Esta devoción provocó que al año siguiente bizarras escuadras relevaran a los congregantes que durante muchos años atrás velaban a su titular en la capilla los días previos a la Semana Santa, rindiéndole desde entonces los honores correspondientes al mejor de los caídos. El que dio su vida por los demás.

*¡Cristo de la Buena Muerte,
El de la faz amorosa,
Tronchada como una rosa,
Sobre el blanco cuerpo inerte
que en el tablero reposa!*

*¿Quién pudo de tal manera
Darte esta noble y severa
Majestad llena de calma?
No fue una mano: fue un alma
La que talló tu madera.*

*Fue, Señor, que el que tallaba
Tu figura, con tal celo
Y con tal ansia te amaba,*

*Que, a fuerza de amor, llevaba
Dentro del alma el modelo.*

*Fue que, al tallarte sentía
un ansia tan verdadera,
que en arrobos le sumía,
y cuajaba en la madera
lo que en arrobos veía.*

*Fue en ese rostro, Señor,
Y esa ternura al tallarte,
Y esa expresión de dolor,
Más que milagros del arte
Fueron milagros de amor.*

*Fue, en fin, que ya no pudieron
Sus manos llegar a tanto,
Y desmayadas cayeron...
¡Y los ángeles te hicieron
Con sus manos, mientras tanto!*

*Señor, aunque no merezco
Que Tú escuches mi quejido;
Por la muerte que has sufrido,
Escucha lo que te ofrezco
Y escucha lo que te pido:*

*A ofrecerte, Señor, vengo
Mi ser, mi vida, mi amor,
Mi alegría, mi dolor;
Cuanto puedo y cuanto tengo;
Cuanto me has dado, Señor.*

*Y a cambio de este alma llena
De amor que vengo a ofrecerte,
Dame una vida serena
Y una muerte santa y buena...
¡Cristo de la Buena Muerte!*

José María Pemán

¡Señor de la Buena Muerte, acoge en tu seno a cuantos congregantes pasaron por esta vida, así como a las damas y caballeros legionarios y miembros de la Armada, que durante décadas derramaron su sangre defendiendo nuestra patria y a los que se despidieron de este mundo con una estampa de tu efigie en sus manos! ¡A todos ellos, Señor, dales el descanso eterno!

Ese telón, que al bajar, corta accidentalmente un inicio de vinculación ilusionante, que por los hechos luctuosos de 1931, conviene pasar página, aunque la historia no se puede dejar en el olvido. Unos hechos envueltos en una espiral de ceniza y que pese a que algunos siguen buscándote, Cristo de Mena, tu figura no ha desaparecido ni nunca lo hará porque siempre estará en nuestros corazones.

Hemos dejado atrás el Pasillo, formando la procesión en la calle, ¡buena estaba la cosa para que abrieran la iglesia!, saliendo de la casa de los Bandrés Serrano. Ya subimos las cuestas del puente, aquél histórico puente de escaleras imperiales y doble rampa por donde se accedía a la ciudad histórica, puente que une lo que la naturaleza dividió.

Ya estamos en la Alameda. Nuestro anterior hermano mayor, Cayetano Utrera, glosaba en su pregón del año 1972 la indisoluble unión de los Tercios con nuestro Cristo, que, años más tarde, en el 2000, fue formal y solemnemente proclamado Protector de la Legión.

Tambores de muerte bajan por la Alameda. Rostros curtidos al aire y al sol. Estandartes rasgados en mil batallas. Trompetas que entonan canciones de guerra. Y allí, al fondo, por el puente, un Cristo sereno, con paso corto: ¡Cristo de la Buena Muerte!

¿Sabes que en las tierras calientes africanas, al toque de oración, los legionarios con sus banderas, ante el Cristo rinden honor a sus muertos? Es, por eso, el Cristo legionario.

Cayetano Utrera, Pregón de 1972

Cayetano, el gran y cercano congregante. Sirvió siempre con lealtad, desde sus muchos destinos profesionales, y terminó su actividad desde dentro, haciendo fácil el cambio generacional, sin estridencias, sin problemas. Sin ruidos. Dejando un hueco que muchos de nosotros consideramos irremplazable. Hermano, gracias por ser así.

Permitidme, hermanos, una pequeña transgresión de la realidad. Permitidme que por un momento abandone este atril y me sumerja en un hábito nazareno. Uno de los que mis hermanos visten cada Jueves Santo en nuestra procesión. Igual, exactamente igual, que el que yo visto para acompañarte, ¡oh, Santísimo Cristo!, en el testimonio de fe que anualmente ofrecemos al pueblo de Málaga. Quiero participar, desde el bendito anonimato, de este pasaje de nuestras vidas que, desde el puesto que te hayan designado, cumplimos ilusionados, como participación necesaria en la representación de tu Pasión y Muerte, Señor. Sé que prácticamente pasado mañana habrás resucitado, y esa es la fuerza que nos das para seguirte. Pero hoy, desde mi fila penitencial, con mi cirio que alumbra tu camino, quiero decirte, mi Cristo de la Buena Muerte, que me des la fe suficiente para saber seguirte. Para saber dar testimonio de tu mensaje, para no desfallecer en el camino.

Cristo de la Buena Muerte: Haz ver a mis hermanos, que este es el auténtico puesto. Que son absolutamente necesarios los hombres de trono, los mayordomos, los músicos. Todos, todos sin excepción forman parte de esta maravillosa representación de fe que ponemos en la calle.

Pero cuando sean relegados de su responsabilidad los mayordomos. Cuando tus hombros y tu corazón digan que ya no pueden llevar la bendita carga de tu trono. Cuando tu edad o condiciones físicas te indiquen que ya no estás para tocar el instrumento con el que con tanto cariño has ayudado a andar de forma tan maravillosa durante años... Cuando todo esto ocurra, hermano, ¡coge tu cirio y vente conmigo! ¡No hay mayor honor que acompañar, desde el anonimato, a Cristo en su Pasión desde el puesto más humilde, pero más necesario de la procesión! Hermano, vive nuestra personal experiencia de la Pasión del Señor, y acompáñame en las filas, benditas filas de nazarenos. ¡Y serás feliz!

Brisas marineras llegan desde el cercano puerto. Sirenas ululan rompiendo la atmósfera serena de la tarde malagueña. Allí, en los muelles donde cada año la Armada Española atraca sus buques para facilitar la liturgia indescriptible de la íntima fusión de toda Málaga con la Legión Española, en esta misma dársena, dos buques, dos, de nuestra gloriosa Armada, brillantemente engalanados, con formaciones en cubierta. En tierra, representaciones civiles, mandos militares, una unidad de Marinería e Infantes de Marina, con bandera, banda y música, y centenares, miles de curiosos. ¿Qué aguardan?

Pues que se acerca el majestuoso y recién estrenado trono que lleva, como a una Reina, a nuestra Señora de la Soledad, que va a devolver la visita a los herederos de aquellos que su vida salvaron por su intercesión, allá por el siglo XVIII, justo hace

doscientos cincuenta años y que siguen, fieles a la tradición, cumplimentándola siempre que están o pasan por Málaga. Y claro que va. ¡Con lo cumplía que es Ella! Y va con sus mejores galas, la más guapa, y encima, con el último regalo que Málaga le ha ofrecido: la medalla de la ciudad, por su alcalde, aquí presente. Himno Nacional, pase de revista a los marinos que forman, marciales, para ofrecerle su respeto y cariño. Palabras que salen del corazón, espectáculo solemne, único, irrepetible. Y para que no se vaya sin un último detalle, el almirante le ofrece su fajín. Su fajín de Almirante Jefe de la Flota. Nuevas sirenas exaltan la importancia del momento y la Virgen se incorpora a su procesión, mientras la emoción y el sentimiento de haber sido testigos de un acontecer histórico llenan nuestras almas de gozo. ¡250 años han pasado, y la tradición sigue viva, incólume! ¡Madre, qué guapa estás de auténtica Estrella de los Mares! ¡Pero qué guapa eres, Madre!

Y encaramos la calle por antonomasia. La calle que se enfila tras la vistosa ‘curva del marqués’. De aquel marqués que vigila, criticón él, cómo se dan las curvas difíciles en Málaga, que hizo por su ciudad más que casi nadie, y que fue, agradecido que somos, arrojado a las aguas del puerto en momentos oscuros de nuestra historia. Hoy, descansadito él y ya repuesto del remoión, vigila el orden de las procesiones en la Alameda y la entrada en la calle de su nombre.

Y la Málaga oficial, se rinde. Se rinde ante la soberbia estampa del desfile procesional de nuestra cofradía. Se entusiasma con el frente de procesión. Cae, devoto y emocionado, ante el paso del Santísimo Cristo de la Buena Muerte, que emana serenidad, paz. Y que nos va diciendo: Hijos, yo he cumplido por vosotros. Coge tu cruz, y sígueme. Y le siguen. Sus hijos, los nazarenos de camisa verde, con marcialidad, pero con todo el cariño que sólo un hombre que ofrece su vida por los

demás sabe dar a su Protector. Y éstos, a su vez, transmiten a la masa que, enfervorizada contempla el paso de sus legionarios, el convencimiento de que se está produciendo ante sus ojos, el anual fenómeno de la gran simbiosis que sólo en Málaga ocurre. Un Cristo legionario y unos legionarios cofrades. Con su cuplé hecho oración, hacen lo que mejor saben: desfilan y rezar cantando.

Y para oración, nuestro galardonado poeta y columnista malagueño, Manuel Alcántara, la ofreció así:

Al Cristo de la Buena Muerte no se le piden cosas para el trayecto, sino para el final. Ante cualquier Crucificado o ante cualquier Dolorosa con siete puñales en la panoplia del corazón, solemos alzar rogativas para el camino. Pero al Cristo de la Buena Muerte se le hacen peticiones para la llegada. Queremos de él una dádiva postrera. El último favor que va a poder hacernos. Ayudarnos a bien morir, en paz y en gracia de Dios. Sin rencores y sin dolores. Ni de dentro ni de fuera. Absueltos por el prójimo y, a ser posible, con la mano más amiga apretando nuestra mano. Bien está lo que bien termina. Una buena muerte borra una mala vida y hasta una vida buena. Pero es siempre un privilegio de linaje divino. Al Cristo de la Buena Muerte, que cuando dió las tres voces las oyeron en Santo Domingo, en las tinieblas y en la Legión, hay que pedirselo ahora, cuando lo veamos en la acera. Un gran poeta español, que murió de mala manera, y que en gloria esté, como está en gloria literaria, Miguel Hernández, nos dejó dicho que muchos tragos son la vida y un solo trago es la muerte. Eso es lo grave. Lo que tiene la muerte de representación única. Se hace una sola vez en la vida y nadie tiene experiencia de ella. Salvo la que suministra el sueño. Ese ensayo general con casi todo. Es muy difícil morir bien porque no tenemos práctica, porque no lo hemos hecho nunca, porque nos falta costumbre. Siempre se mueren los otros. Por eso, ahora, que Andalucía tira su fe por la calle de en medio y aquí, en Málaga, es un altar cada esquina y cada plaza, es un buen momento para pedirle al Cristo de la Buena

Muerte ese favor último. Ahora, cuando lo están sacando a hombros. Ahora, cuando está que arde el atardecer del Jueves Santo. Ahora, que va hecho un Cristo por la calle Larios. Ahora, y en la hora de nuestra muerte.

Señores, después de estas palabras del maestro, preciosísima oración, ¿quién rompe el encanto y la magia del momento? ¡Pero es necesario seguir, y seguimos!

Seguimos. Y ahora, la temida, y esperada tribuna. La tribuna oficial, donde de forma curiosa se pide la venia para pasar cuando ya vamos a irnos. Una venia, antes proceso de buena educación, y que por mor de un mal entendido, donde precisamente Mena era protagonista, la convirtieron en obligatoria por estatutos. Aunque si me prometen que no sale de aquí, les voy a contar un secreto: Mena nunca pide la venia. Gracias a las buenas artes de nuestro primer secretario general, José María Revello y Cazar, padre de nuestro Consejero y admirado pintor Félix Revello de Toro, que lo dejó escrito en precioso pergamino, se recita desde entonces un formulario tradicional en la Congregación que dice:

La Pontificia y Real Congregación del Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Ánimas y Nuestra Señora de la Soledad, canónicamente erigida en la Parroquial Iglesia de San Carlos y Santo Domingo de Guzmán de Málaga, al ofrecer a la pública veneración el prodigio de sus Tallas y la religiosidad y sencillez de su culto procesional anuncia respetuosa y humildemente su desfile.

Jueves Santo, 12 de la noche de 1930

¡Mayordomos, capataces, ambulantes, nazarenos, portadores, músicos, cuidad el paso, porque, desde esta tribuna nos observan, curiosos y agradecidos por haberlos invitado, todos nuestros mayores! Va por vosotros, Ricardo Gross, Félix

Sáenz, José González Rubio, Miguel Serrano, José Atencia, Álvaro Pries, Antonio Repiso, Joaquín Mañas, Juan Maspons, Fernando de Soto, José Chervás, José Manuel González, Emilio Kustner, José María González Carreras, Carlos Rubio, Rafael Alonso, Enrique Ruiz del Portal, Cayetano Utrera, hermanos mayores que nos enseñaron el camino.

Y también por vosotros, hoy, gracias a Dios presentes: José González Ramos, Francisco Fernández Verni, Vicente Pineda, Álvaro Mendiola y Antonio Jesús González. Todos. Todos, habéis seguido la senda inteligente y eficaz que marcaron nuestros mayores, y por eso, a los que estáis y a los que ya fueron, nuestro agradecimiento, nuestro homenaje más sincero. ¡Eternamente gracias!

Y gracias, de la misma forma, a quienes no habiendo sido hermanos mayores, trabajaron sin descanso formando parte de las juntas de gobierno, no importa en qué puesto. Trabajasteis por Mena, y Mena lo reconoce. Fueron multitudes, pero me disculpáis si citamos a los más conocidos, entendiéndose que nos referimos a todos: Carlos Rubio Robles, José González Barba, Enrique Guerado, toda la familia Serrano de las Heras, Familia Pérez Bryan, Andrés Escassi, Paco Souvirón, Antonio Gómez Gutiérrez, Eduardo Guerrero Strachan, Félix Caballero, Manuel Ferrer, Manuel Pérez; Fernando Taboada; la familia Sibaja Balebona, la familia de Antonio de la Morena García, Pepe Aguilar, Manolo Baca, Juan Ángel García Moreno, José Luis Cuberta, Paco y Carlos González Ramos y tantos y tantos otros que nos precedieron en la lucha, y que hoy, sin dudarlo, están aquí presentes en nuestra celebración.

Nos vais a permitir dos pequeñas excepciones. No hemos nombrado a una persona que para casi todos los que ocupamos una butaca en este teatro, peina canas y forma parte de las listas

menos significa una parte muy importante en su formación cofrade y en el origen de su amor por nuestra corporación nazarena. Me refiero a Antonio González López. Que hoy su hijo esté sentado en el palco principal, como nuestro Hermano Mayor, no es más que una natural consecuencia de la vida de Antonio. En la cofradía fue todo. Pero todo bueno y de auténtico maestro. Nos enseñó a todos, nos quiso a todos y nunca, pero nunca, le oímos quejarse. Y mucho menos pedir algo. No tengo palabras para calificarle, pero puedo asegurarles que fue la persona más cofrade, mejor padre y esposo que he conocido, y de cuya amistad me honré mientras vivió. Antonio, que estás cerca de nuestro Cristo, sigue ayudándonos en nuestro camino. ¡Muchas gracias!

La segunda excepción, nos acompaña todavía en este mundo, y quiera Dios que sea por muchos años. Luis Blanco Fernández merece, en este pregón, la citación por su lealtad, su perseverancia, su devoción y por ser el único general que jamás vistió uniforme. Pero la bondad, la experiencia y la bonhomía de Luis seguro que merece su próximo ascenso a divisionario.

A los vivos, como gracias a Dios, compartís con nosotros esta feliz efeméride, mi más leal enhorabuena. Enhorabuena que estos pregoneros hacen suya, porque parte del mismo cuerpo somos.

Casi ha terminado el paso por la tribuna, y se nota la labor de los que llevan a gala ser hombres de tu trono, Señora. Los que elevan al cielo cada noche del Jueves Santo la devoción a una Virgen a la que le rinden pleitesía. Nada más que hay que ver sus caras de satisfacción porque a estas alturas de la procesión el hombro ya ha dejado de existir y las flaquezas las suple el corazón. Las gotas de sudor vuelven a aparecer porque el fresquito de la Plaza de la Marina proveniente del Mediterráneo ya quedó atrás.

Ahora solo se mueve el bamboleo del palio ochavado y la llama de tu candelaría que ilumina tu rostro, Madre. La mecida de tu trono que, tras ganar unos metros, ahora se hace más lento. Más lento. Los capataces del navío se preparan para desplegar las velas y ganar barlovento ya que se acercan a la Doble Curva, con el recuerdo de la histórica Curva del Águila, y donde todo tiene que salir perfecto. Cuerpos erguidos, hombros dispuestos. Pero, queridos hermanos, permitidme en esta noche gloriosa y centenaria que comparta varal en esta parte del recorrido tan especial bajo las plantas de nuestra Virgen. En la Galera, donde están mis compañeros. Hoy quiero fajarme con vosotros, quiero sentir el verdadero peso de la fe.

Llega la hora de la verdad. El trono comienza a moverse. Los borlones repiquetean al besar la plata de las barras de palio. Se nota que en la acera nadie quiere perderse el momento. La gente se levanta de las sillas y los que están en la quinta fila de pie, se ponen de puntillas. Algunos cogen a sus hijos y los retiran de la primera fila y hasta retroceden sus asientos ante la mole que va a pasar. La expectación se mastica en el ambiente. El murmullo cesa. Todas las miradas apuntan a la Virgen. ¡Ay, qué cara más bonita! ¡Pero qué elegancia! ¡Anda, mamá, qué trono más grande! Es Málaga en estado puro el Jueves Santo. El sentir del pueblo. El varal y mi hombro, se funden. Suena la campana. Un toque. El timbre de la misma suena en mis oídos igual que siempre, aunque me ‘sabe’ diferente. El tañido me estremece el cuerpo y me siento abrumado. Los ánimos de los compañeros me reconfortan. La complicidad y la importancia de lo que va a ocurrir es para mí el preludio de un instante inolvidable, así como todo lo que queda aún por vivir en las próximas horas. Se mece el trono. Suena la música más fuerte. Cierro los ojos y veo la cara de mi Virgen. Surgen los aplausos y eso es síntoma de que la llevamos igual de bien que siempre. Siento como caen

los pétalos de flores desde un balcón, cómo llora la cera de la candelera, cómo ese majestuoso manto brilla más que nunca, cómo se me hinchan los pulmones del olor a calas, fresias y rosas, cómo crujen los varaes, cómo todos estamos igual de unidos que aquellos congregantes de hace un siglo. Ya vamos encarando calle Calderería. ¡Qué maravilla, señores! ¡Qué disfrute! ¡Vámonos! ¡Medio pasito a la izquierda! ¡Y otro! ¡Y uno más!

Es impresionante avanzar bajo ese altar y sentir Mena en el varal. Hoy, estoy aquí, abajo. Orgullosa, como el resto de hombres que forman ese grupo de almas con una aleación diferente que une sus fuerzas en el bajel de la Señora y que son impulsadas por una devoción sin límites que divulgan a cada paso, en cada esquina, en cada curva, cuando el hombro se estremece, cuando suenan los acordes de una nueva marcha procesional, cuando el timbre de la campana se enardece en los oídos a través del aluminio de los varaes, cuando en plena satisfacción de todo un sacrificio surge del alma un grito que te yergue rápidamente. ¡Un toque de campana, mayordomo! Hombros erguidos. Ese grito anuncia un nombre cercano de niña perchelera que une, que impulsa, que da vida, que reconforta, que vela por nosotros, porque todo esto es por ti: ¡Soledad!

La procesión de la vida, continúa. La apatía de los años sesenta parece que termina, y en la siguiente década, y un hombre providencial aparece en escena: José González Ramos, con su grupo familiar al lado, engrandecen la cofradía. Adelantados a su tiempo, conciben otra Semana Santa. Otra forma de exponer al culto público la Pasión de Cristo. Y de acuerdo con un concepto postconciliar, y con miras nunca bien expresadas y por tanto, no bien comprendidas, aportó a nuestro acervo iconográfico una obra de arte que nunca fue totalmente admitida, pero de cuya categoría artística no se puede dudar. El carácter castellano del grupo de la Glorificación de la Soledad,

sobrio, severo, no casó con el concepto barroco de nuestras imágenes de vestir además de otros problemas técnicos, y tras cuatro años de procesionarse, pasó a culto interno en el íntimo convento de nuestras queridas hijas de Santa Ángela. Lugar en el que cada año nuestra procesión hace parada especial para honrar aquella imagen.

Volvemos a la procesión. Pasamos por Carretería, vía sacra del camino del Calvario de nuestra particular Jerusalén, donde el pueblo llano, que confunde rosarios por collares, pero que es sabio en su sencillez, y senequiano él, distingue perfectamente el teatro de la verdad; el montaje escénico de la vivencia honesta del culto externo, en una palabra, que entiende sin habérselo enseñado lo que de verdad expresa Mena en la calle, espera impaciente, muchas horas antes, el paso puntual de nuestra forma de decir: Hermano, Cristo, en su Buena Muerte, acompañado por sus hijos que ofrecen sus vidas por defender las nuestras, te invita a mirar sus brazos abiertos para abrazarnos a todos. Sigue su ejemplo y abre tu conciencia a la generosidad y a la comprensión. Y la masa, enfervorizada, aplaude, comprende y respeta. Bueno, casi todos, que tampoco hay que exagerar. Y no me refiero a los aplausos y a la comprensión, y ustedes me entienden, pero es la expresión natural del pueblo.

Los tronos empiezan a pegarse, y la labor de los capataces comienza a ser necesaria. Los ánimos, los vivos y los ¡arriba, arriba, arriba!, comienzan a oírse, y entonces aparecen nuestros incombustibles Hermanos Polo, Bigote Pana, Antonio Cabra, Juanma, Antonio Corrales y Manolo Montero, que junto al añorado Joaquín, su padre, seguido por su equipo de carpinteros y todos los demás que en el tiempo han sido, ayudando, animando, y enseñando a nuestros portadores que los tronos se llevan con el corazón; que el hombro no es más que una herramienta.

Allí, en calle Carretería, en un balcón de la primera planta, como puerta abierta y camino de salida del paraíso, la familia Pérez Bryan, encabezados por aquel Esteban en cuya rebotica se fraguó nuestra realidad, acompañados de sus hijos Picky, José y Esteban, se asoman, felices de ver nuestra evolución, haciéndonos señas inequívocas que quieren seguir oliendo nuestro irreplicable aroma de Mena. A su lado, y al paso de la Virgen, su cuñado Andrés Escassi, alarga la mano para retocar un pliegue de la toca, que con los vaivenes del camino parecía haberse movido algo. ¡Ay, Andrés, qué buen gusto tenías poniéndola guapa!

En el balcón siguiente, es curioso el paralelismo de esa vía con nuestros acontecimientos, un hermano mayor, José Atencia, abuelo de nuestro nuevo presidente agrupacional, al paso de la procesión, algunos años antes, subió a su casa, donde su esposa estaba dando a luz a una hija cuyo nombre estaba previsto que fuera Isabel. Pero quiso pasar nuestra Virgen en aquellos momentos: “Comprenderás querida, que esta niña, debe llamarse Soledad”. Y por ahí sigue, mi amiga, mi hermana Sole, dando testimonio de que los Atencia, cofrades de la calle Alcazabilla, tienen sus hondas raíces, que nunca reniegan, en nuestra Congregación. Y que yo no me entere.

La procesión, camino de vuelta, llega al otro momento de la verdad. El paso por la otra tribuna, pero esta vez, sin protocolos, sin venias ni firmas de control. Es el momento ineludible y único de la Tribuna de los Pobres. Hay que ver qué imaginación tiene Málaga para poner nombres: ¡Con lo caro que cuesta coger un sitio en las escalerillas de esta popular zona de Carretería! Horas de paciente espera y un público exigente pero entusiasta que no para de vitorear a Cristo y a la Madre, que pasan, solemnes, ante ellos.

Allí, hay que lucir entera. El juicio popular, sin ser oficialista, duele mucho más, por ser originario del pueblo llano. Allí hay que pasar “de lujo”. Porque nuestros Titulares merecen que las gentes les aplaudan a rabiar, y para eso salimos. ¡Cuerpos derechos, paso corto, mecida lenta! Virginia Gámez, le canta a la Virgen. ¡Qué nadie flaquee!

Y pocos metros más adelante, perenne en su devoción, incansable al desaliento, asomada al balconcillo de la esquina de Puerta Nueva, con la mirada brillante y siempre humedecida por la emoción del cariño, Margot Cabeza, analiza de pé a pá la procesión. Sin perder detalle, que mañana tendremos jaleo si no le gusta cómo vamos. Y, desde el cielo, sigue asomándose a esa esquina, donde todos miramos siempre al pasar, rezando porque siga ayudándonos a separar lo importante de lo accesorio, con aquella forma de sintetizar y buscar lo positivo. ¡Nunca dejes de asomarte, Margot, que te echamos de menos!

Casi nadie de vosotros le conoció. Se crió, solo y sin familia, en los alrededores del mercado central, cerca de las hermanitas. Pudo ser carne de presidio y sin embargo creció siendo un señor. Un señor de la calle, pero un señor. Y con mayúsculas. Apareció un día, ofreciendo su ayuda. Ayuda generosa, sin contraprestaciones, sin condiciones, como debe ser. Y poco a poco, se hizo importante para la Congregación. Pero con esa importancia que no notas más que cuando no está. Caló hondo en nuestros corazones, y un día, sin quejarse, sin molestar, en plena juventud, se fue. Había dejado un reguero de bondad, de cariño que nunca olvidamos. No voy a decir su nombre, porque seguro que aún estando en la presencia del Señor, se ruborizaría en su modestia. ¡Pero no puedo dejar de recordarte, querido Minino!

Como tampoco podemos dejar de recordar a uno de los mejores congregantes que la extensa nómina de héroes anónimos llenó la lista de nuestra Congregación. Vivió modestamente. Cuando le conocí, vivía en un quinto piso sin ascensor en Hoyo Espartero. Enseñó a ser cofrade a muchas generaciones. Fue uno de nuestros más queridos maestros. Y fue, familiarmente, un padre que enseñó a sus hijos una sola cosa: ser decente y buen congregante. Y todos ellos, así lo han cumplido. Y tan comprometido vivió y tanto la amó que la Virgen le tuvo que premiar. Un Jueves Santo, cerca del final de nuestro recorrido, el martillo de su propiedad que ese año llevaba su sobrino Curro, se rompió, dejando de tocar. Justo al mismo tiempo que nuestra Madre de la Soledad le dijo, Antonio de la Morena, este año, vas a ver el encierro conmigo. Descansa, hijo. ¿Casualidad, coincidencia, realidad? Así sucedió, y así, profundamente emocionado, lo cuento.

Es esta debilidad de nuestra existencia, la que de vez en cuando te recuerda que no eres más que polvo en potencia. Y ya mismo. Porque cuando la vida te avisa que no eres nada. Que tu vida y la de los tuyos están al albur de un minúsculo accidente. Cuando te encuentras que tu mundo se hunde, porque se aleja, sin esperanza de solución, la vida que engendraste con amor e ilusiones. Cuando estás solo, de la mano de tu mujer, sin querer ver a nadie, porque nadie puede comprender el vacío que te rodea, frío, oscuro, itremendo!, vas en su busca, intentando comprender. Te aferras a su manto, y mirándola de frente, preguntas con un grito desgarrador que sale de lo más profundo: Madre, ¿por qué? Por qué, Madre, isí es, Jesús, tu nazareno, el más chiquitillo!

Y cuando la miras a la cara, a esa cara a la que tanto he rezado, comprendo que Ella sufrió lo mismo, pero peor. Y encima, está sola. Espera de mí que la entienda, que la acompañe. Siento

que me comprende perfectamente. No. El dolor nunca pasa. El vacío sigue, pero, bajo la protección de su manto, parece que te da fuerzas para seguir la lucha. Y sigues. Sigues porque Ella está ahí contigo. Con todos. ¡Eres nuestra fuerza, Soledad!

Camino de Puerta del Mar, y bajo la espectacular estructura del palacio de Félix Sáenz, que debe su nombre a nuestro hermano mayor de la consolidación y las grandes aportaciones, el de la clarividencia en el futuro, no puedo dejar de recordarle, en su grandeza como congregante y gran empresario, y también porque bajo su techo, vivió nuestro hermano Pepe Jiménez. Descansen en paz.

Algo raro está pasando. La procesión no sigue su ritmo normal. Ha desaparecido de las calles de Málaga. Ha venido un enorme camión, la talla del Cristo ha sido cuidadosamente embalada con manos expertas, y el trono ha sido, igualmente, empaquetado. Es el mes de agosto del año de 2011, Su Santidad Benedicto XVI viene a Madrid, a celebrar la Jornada Mundial de la Juventud, y en los actos programados, figura un santo Vía Crucis en los que nuestro Titular, en representación del Arzobispado Castrense, representará la undécima estación: “Jesús muere en la Cruz”, acompañando a Nuestro Padre Jesús del Prendimiento, que representa a la diócesis malacitana.

Tenemos que confesaros que Madrid nos sobrepasó. Miles de personas, rezando a todas horas, en los tres días de triduo, en las guardias de honor que caballeros legionarios rindieron a nuestro Cristo en la solemne y no menos coqueta catedral castrense. Y todo se quedó pequeño cuando, entre amenazas de los inconformistas que avasallaron a cuantos voluntarios se pudieron cruzar, entre el fervor de miles de entusiastas espectadores que no pararon de gritar ¡Viva el Cristo de la Buena Muerte, Viva Cristo Rey y gracias, Málaga por traernos

esto a Madrid! nos acompañaron hasta el Paseo de Recoletos. Más de cuatrocientas personas de todo tipo, militares, civiles, voluntarios, congregantes, devotos, cubrieron, entusiasmadas, los turnos para llevar sobre sus hombros la dulce carga de Cristo Crucificado camino de su trono.

Y la procesión de vuelta, solemne, con un público enfervorizado que nos acompañó en todo el recorrido hasta el Palacio Real, lugar de encierro, desmontaje del trono, y vuelta a la Catedral ¡Y eran las seis de la mañana! Inenarrable experiencia y unas vivencias inolvidables.

Y estamos llegando al final de nuestra centenaria procesión. Densísimo programa de actos se planifican. Ya vamos camino de vuelta, pero, sin solución de continuidad, todo cambia. Siendo el mismo escenario, se desarrollan distintos acontecimientos: Vemos al Cristo, llevado a hombros por sus hijos predilectos al paso de dos roncós tambores. Vemos a cantidad de congregantes, que, cirios en mano, acompañan a la Santísima Virgen de la Soledad, que, en austeras andas, camina hacia ¿dónde?

Síguenos, cofrade amigo, síguenos, y serás testigo de cómo por primera vez en la historia, ambas imágenes estarán juntos en la Santa Iglesia Catedral Basílica. Síguenos y podrás acompañarnos en los solemnes cultos que con motivo del primer centenario celebraremos en el primer templo malacitano. Y si no te has cansado todavía, síguenos y nos podrás acompañar en la procesión extraordinaria del centenario, donde por primera vez también, en el trono del Santísimo Cristo de la Buena Muerte, las imágenes clásicas de un Calvario litúrgico: Cristo crucificado y a sus pies, firme en el dolor, la Corredentora de nuestra salvación, la inigualable Virgen de la Soledad, nuestra amantísima Madre de la Soledad.

Procesión que recorrerá el próximo día 10, apenas ya, los rincones cofrades que nuestra Congregación pisara años atrás. Rincones de incomparable belleza donde la mística del misterio redentorista que presentamos se une a la belleza de la ciudad centenaria que nos acoge. Momentos inolvidables que quedarán grabados en nuestras cofrades retinas: ¡MENA ha cumplido cien años y Málaga entera lo celebra con nosotros!

Manolo, ¿qué pasa? En este lío de calles, que tú por calle Nueva, que yo por el Pasillo, que tu quieres cruzarte con la Esperanza, que yo me entretengo en Puerta del Mar. Que yo tengo prisa por encerrarnos, que tú quieres disfrutar un rato más, ¿no ves cómo están las calles, llenas de gente?, ¿Qué está pasando?, ¿Dónde está la Virgen?

Yo la he dejado hace un momento saliendo de calle Nueva, y ahora no la veo.

Espera, que oigo la banda por Martínez. ¡Estamos locos, si nos salimos del recorrido! Mírala, allí está. Vamos corriendo, Manolo. El trono ha cambiado, ¿no?

Sí, hermanos, el trono de la Virgen ha cambiado. Por la generosidad de nuestros hermanos de la Hermandad del Santo Entierro, Quinta Angustia y Nuestra Señora de la Soledad, la Virgen está recobrando el aspecto de sus orígenes y se pasea en su trono antequerano y obedeciendo una llamada desconocida, ha cambiado su rumbo marineramente, y se encamina otra vez, aunque ahora sin la compañía del Cristo, al primer templo de la ciudad.

A estas alturas de la procesión nuestra Dolorosa sigue la senda que le lleva a protagonizar el hecho más importante en la historia de la Congregación, por si algunos todavía no se han enterado. Un camino labrado por sus devotos y por quienes consideran que la imagen es gran merecedora de tan inmenso

honor. Por eso, congregante, tú, que estás sentado en el patio de butacas o en una de las localidades de este teatro; tú, joven que sigues este acto en directo por la televisión o por internet; o tú, mujer, que derramas la fe con la llama encendida de tu penitencia en el cortejo y durante los meses del año junto a tu familia, tus amigos y tus hermanos de Mena, ilusionáte. ¡Ilusionémonos todos! Hay que dejarse llevar por la devoción que te arrastra a la capilla de Santo Domingo para estar junto a ella. Para proclamar a los cuatro vientos desde hoy mismo hasta el sábado 11 de junio de 2016, lo que está aún por llegar, porque no es un hecho baladí. Porque es probable que pueda celebrarse el segundo centenario de vida cofrade de esta hermandad, pero jamás el acontecimiento religioso que nos ocupa. Porque en este designio de Dios, en esta voluntad libre de Dios, se plasma a la vez un proyecto de amor y devoción. Es el tiempo de la cuenta atrás, de que, todos, busquemos a la Virgen en el camarín, pero también en nuestras vidas, en nuestro día a día, y a través de la alegría desbordante de los demás, los que seguirán nuestro peregrinar incesante por esta digna causa. Así que vamos a despertar del letargo, vamos a seguir llevando a gala y como estandarte el lema del amor a nuestra Virgen y a los demás, haciéndolos partícipes, pero de verdad. Que se note en el ambiente que todos deseamos lo que va a pasar. Que los aledaños de Santo Domingo y las calles del Perchel, que todos los puntos cardinales de esta urbe malacitana y fuera de ella, se impregnen del palpito constante de la mirada delicada e implorante de la Señora. Que se abran las puertas y las ventanas de la corporación para divulgar este magno acontecimiento. Que lo sintamos, que lo vivamos, que nos convenzamos, que nos lo creamos. Porque no será un día más. No, señores, coronar canónicamente a Nuestra Señora de la Soledad no es solo regalarle un nuevo halo, sino la máxima distinción de la Iglesia Católica a una imagen devocional

y el infinito amor y veneración que todos sus hijos le han profesado durante siglos.

Y así, acompañada de miles de personas, el trono se acerca al Patio de los Naranjos. Repiquetean las campanas de la torre norte de la Catedral. El ansiado momento ya está más cerca. Las bóvedas catedralicias sirven de palio divino cuando la imagen se dispone a traspasar el dintel del arco de la Puerta de las Cadenas. Todo está preparado. Málaga entera se postra ante la Virgen que ya se encuentra en el interior de la gran casa de los cristianos en nuestra ciudad. A buen seguro que Pablo Krauel, el arquitecto de lo efímero, y su equipo de albaceas, ya ha configurado el mejor altar que pueda lucir la madre perchelera. Ejemplo del presente y del futuro de las nuevas generaciones de una cofradía que emerge de nuevo cien años después, de la mano de la savia nueva que evoluciona con ideas y planteamientos acorde a los nuevos tiempos. Queridos jóvenes hermanos: que siempre os mueva la devoción al Cristo y a la Virgen. No caigáis nunca en la lucha innecesaria de la sinrazón de los protagonismos, de los codazos por los tan codiciados martillos frente a la campana, de los que sientan cátedra hundiendo al prójimo. Porque aquí estamos por lo que estamos. Para trabajar todos a una ya que en la procesión del Centenario no hay roturas de varales, ni egoísmos ni rencores de los que rascan en la historia. Tenéis la llave de los cambios. La llave del crecimiento y el desarrollo manteniendo nuestras tradiciones en la cofradía y en la Semana Santa de Málaga. Tenéis la colosal responsabilidad de escribir las primeras páginas del segundo centenario, del segundo siglo de vida cofrade en este rincón perchelero. Porque somos lo que protegemos, lo que defendemos.

Y ese fervor que se fragua desde pequeño, cuando se balancea la infancia entre túnicas de terciopelo y enseres, tiene que notarse dentro de ocho meses en la Catedral. Allí regresamos

de nuevo. La imagen ya está expuesta al pueblo en el interior de la iglesia. Todo el mundo está expectante de todo cuanto va a suceder. Desde las madrinas, las Hermanitas de la Cruz que cada noche de Jueves Santo rezan en voz alta a la Virgen, el rezo hecho cante que traspasa la celosía de los ventanales del convento de la Plaza de Arriola, donde se encuentra la Titular que fue durante varios años de nuestra Congregación, la Virgen de la Soledad de Ávalos; así como los padrinos, la Armada Española, cuerpo militar que tiene como faro y guía en medio de los océanos la luz que irradia Nuestra Señora de la Soledad.

Y frente a ti, Señora, Madre y Maestra, dentro de poco, como si estuviéramos todos ahora allí, volveremos a ser siervos de tu misericordia. Por eso, muéstranos el mejor camino para que alcancemos la gloria cuando Dios pose sobre tus dulces sienes a través del pastor que nos guía aquí en la tierra el halo que nimbó la gracia de tu hermosura y la unción de los que te profesan ese fervor a lo largo de toda su existencia, esperanzados en que nos acojas en tu seno junto a tu Hijo de la Buena Muerte cuando nos llegue la temida hora. El mismo camino que orientas a los miembros de nuestra Armada, que leal y agradecida, sigue presentando a la Madre sus respetos, su cariño y su eterna devoción por el milagro que, siglos atrás, permitiera vivir a unos marinos españoles. Agradecimiento que se repite cada Sábado Santo, a los pies de nuestra Señora, como ahora lo reviven los marinos de nuestra Málaga.

La espuma del rebalaje ya surca los rostros de grandes y pequeños, de gentes de toda condición. El salitre eriza la piel de miles de almas que ahora bucean en el profundo mar de tu hermosura porque tu imagen jamás ha estado más radiante. ¡Hoy tiene la guapura subía!, que diría un castizo. Y es que ahora que las estrellas refulgen sobre ti, solo podemos mirarte y darte las gracias. Porque cada uno de nosotros deseamos ser en

este momento una de las lágrimas que acarician tus mejillas, la cera plañidera de tu candelería, las calas que perfuman tu porte, el aliento frente a la pena que sufres por ver a tu Hijo yerto, la flor de lis que simboliza tu realeza, la toca de pureza de tu elegancia, el alfiler que sella los encajes bordados de tu saya, el vástago central del reguero de fe del pesado manto que acoge nuestros pecados o el pabito que enciende la mecha de vida en nuestro quehacer cristiano. Todo eso queremos, Madre, al necesitar estar tan cerca de ti, ser parte de ti, porque no sabemos cómo demostrarte más amor y más cariño, porque cuando nos miras nos llegas al corazón, nos tocas, y nos conmueves. Así pues, no estás sola. No vas sola.

¡Soledad! ¡Eterna Soledad! ¡Soledad de suprema elegancia, del dolor y del silencio! ¡Soledad absoluta! ¡Hoy es el gran día de tus devotos! ¡Soledad, ya estás coronada!

Los ángeles anuncian con sus trompetas fanfarrias de alegría desbordante. ¡Aleluya, aleluya! Que salgan los nácares y las caracolas, que el Mediterráneo envuelva sus andares. La Virgen de la Soledad ya dejó atrás la Catedral en su procesión triunfal hacia Santo Domingo. Ya no cabe más gente. El Cristo legionario divisa la espadaña del antiguo templo dominico a los sonos de redobles de guerra que suenan a paz y a oración, y el cortejo de la sección de la Dolorosa gana metros para reencontrarse de nuevo con su Hijo ya coronada. Tras recorrer las principales vías del Centro, la Virgen de la Soledad alcanza al imponente Crucificado de Palma. Los hermanos están exultantes, llenos de gozo, no solo por tener la suerte de vivir la coronación de la imagen, sino también de ser partícipes y testigos directos de la procesión de las procesiones, que ya presiente su encierro.

Pero aún queda el último tirón. Hay que darlo todo, pero que no suene a despedida. Es la continuación de todo un siglo

de arduo esfuerzo, de la satisfacción del deber cumplido y firme en el convencimiento de seguir dando testimonio de fe, de culto externo, de la religiosidad del pueblo con Dios y con su Madre y sus más arraigadas tradiciones. Si la salida procesional ha sido multitudinaria, no menos apabullantes son los prolegómenos del encierro. La Plaza de Fray Alonso de Santo Tomás evoca la estampa urbana de antaño. No cabe ni un alfiler. Parece como si renaciera el antiguo muro, ese paredón que protegía el viejo Pasillo de Santo Domingo del río Guadalmedina, y que servía de improvisada tribuna para otear las últimas sensaciones que enmarcan los estertores de un siglo de corporación nazarena, y que dan comienzo a una nueva centuria de vida cofrade.

Prácticamente, la procesión de los cien años, está terminando. Nuestro trabajo, también.

Los nazarenos de ayer, de hoy, y seguramente, los de mañana, miran, cansados pero felices, cómo los tronos de nuestros sagrados Titulares, se encuadran para hacer su entrada en el salón de tronos, en los tinglados, en la parroquia. ¡Qué más da! Es el final de un siglo de trabajos, de ilusiones, y por qué no decirlo, de inmensas alegrías. De un siglo de dar testimonio de Ti, Señor.

Con este encierro, damos el testigo a los que nos suceden, esperando que sigan la senda que nuestros mayores marcaron, y que, seguramente con muchos fallos, hemos intentado mantener.

Y cuando llega esta hora postrera, donde el cansancio hace mella en nuestros cuerpos, que nunca en nuestro ánimo, te miro de frente, Señor. Te miro por última vez esta noche, y miles de recuerdos, de vivencias, de penas y alegrías, se me agolpan en la memoria. No permitas que afloje mi fe. No permitas que deje

la senda que nos marcas con Tu inmenso sacrificio. Te quiero, Señor de la Buena Muerte.

Madre bonita de la Soledad. En esta hora última de nuestra centenaria procesión, también te miro a la cara y me avergüenzo de mis flaquezas. Cógeme de la mano, Virgen Santísima de la Soledad, y nunca permitas que me desvíe del camino recto. Míranos a todos con misericordia, Madre querida, y ayúdanos a seguir el sendero que nos guíe al paraíso, con todos nuestros mayores. Con los que hicieron realidad esta Congregación, y que por tu intercesión, y por el infinito amor de quien dio su vida por nosotros, con toda seguridad ya gozan de la presencia del Padre en las procesiones celestiales.

Nazarenos: ¡No rompáis el orden hasta terminar la procesión! Portadores, un último esfuerzo. ¡Cristo en su Cruz, y la Madre Dolorosa merecen llegar al fin de su exposición al culto público con el mismo respeto y brillantez que la habéis llevado estos cien años! ¡No importan los dolores en las frentes por la pesadez del capirote! ¡No importa los calambres en las piernas y la hinchazón de los hombros por las horas que habéis llevado los tronos! Congregantes, esto se acaba. Que suenen las campanillas, porque lo que hemos hecho es bueno a los ojos del Señor.

Hermanos, queridos espectadores. Esto es Mena. Y así seguirá siendo si Dios quiere, porque las nuevas generaciones sabrán de seguro comprender y desarrollar, seguramente mucho mejor que nosotros, la grandeza, el estilo, el inmenso amor que nos enseñaron aquellos que hoy hace cien años hicieron posible esta realidad.

Y los que nos sigan, dentro de otra centuria, que empiece hoy, seguirán gritando a pulmón lleno, lo que se dijo antes, se dice hoy, y se dirá siempre:

Nace la luz Dominica
en blanca aurora de eternidad
Y el negro se glorifica
En una cruz de Soledad.

Nace su nombre en convento
En una fragata de luz,
privilegio que al momento
tiene Buena Muerte de cruz.

En el árbol de la vida
caminan sangre y la suerte
Y una nana de despedida,
a ser novio de la muerte.

El cielo lleva una toca
y el infinito Sus manos.
Y el cielo no se equivoca
que es Madre de cristianos.

En el faro del Perchel
un rayo de Su mirada
es todo manto y timonel
de una Madre enlutada.

En su espadaña de azul
se dibujan las historias.
Y en Su llanto de tul,
son de espejo las memorias.

En la Muerte el sueño eterno,
en la Muerte la más Buena,

en la muerte no hay infierno
si la Muerte duerme serena.

Santo Domingo convierte
a esta Muerte en compañera.
Leal y de lazo fuerte,
si la Muerte está a tu vera.

Coronan ya Su realeza
los ángeles a Esta estrella.
Que a Este Iris se le reza
por ser eterna y sólo Ella.

Congregación centenaria,
Buena Muerte Tu eternidad.
Mena de rezo y plegaria
a la Reina de la Soledad.

Francisco Luis Jiménez Valverde

Y como siempre hemos dicho:

¡Viva nuestra Congregación de Mena!

Muchas gracias.

¡HEMOS DICHO!

El presente pregón se terminó de imprimir el
día 8 de septiembre de 2015, festividad de
Nuestra Señora de la Victoria, Patrona
de Málaga y su diócesis en los talleres
de Gráficas Urania en Málaga



Ayuntamiento
de Málaga

T | C TEATRO
CERVANTES

GRÁFICAS
URANIA